

## Directed by Luis Buñuel

«The young one» (1960) se sitúa en la producción de Buñuel a caballo entre «La fièvre monte à El Pao» (1959) y «Viridiana» (1961). Es su segunda película hablada en inglés —tras «Robinson Crusoe» (1952)— y sufrió una pésima distribución comercial por parte de la Columbia, lo que supuso no sólo un fracaso económico, sino que se convirtiera en uno de los films menos conocidos del director aragonés. Podría hablarse, casi, de «obra maldita» si este título no le correspondiese con mayor propiedad a las películas que Buñuel rodó en Méjico desde 1947 a 1955. «La joven» obtuvo una «mención especial» en el Festival de Cannes de 1960, edición en la que España estaba representada por «Los golfos», de Carlos Saura. Durante una entrevista mantenida con cuatro redactores de «Nuestro Cine», en enero de 1967, Buñuel declaraba que «The young one» era su película que le resultaba —en esos momentos— «más simpática», aunque advertía de entrada no tener «gustos fijos, hoy puedo decir una y mañana otra». En esa misma charla, y tratando de explicarse las causas por las que el film había pasado inadvertido, el autor de «La Vía Láctea» comentaba: «Influye, además (antes se refirió al obstáculo de la distribución, ya reseñado), el que no gustase ni a los blancos ni a los negros. Cuando se estrenó en Nueva York, un periódico de Harlem dijo que debería colgarme de los pies en la Quinta Avenida, como a Mussolini. Los demás periódicos no dijeron nada, el «New York Times» la puso muy mal. Para que una película de este tipo guste, el negro tiene que ser un héroe que al final salve al blanco, o viceversa, y en mi película no había ningún héroe».

Esta ausencia total de esquematismo (en una problemática que los ha sufrido de todas clases) quizá sea el dato esencial a la hora de valorar «La joven». Dentro del cine americano, el tratamiento del racismo ha sido o discriminatorio contra el negro, o caritativo y «humanista» entre comillas, o discriminatorio contra el blanco. De «The defiant ones» a «El hombre perdido», pasando por «For love of Ivy» o «En el calor de la noche» (ejemplo, voluntario o no, de racismo antiblanco), la larga serie de films interpretados por Sidney Poitier resulta un magnífico exponente de la evolución —falsa evolución— su-

frida por el enfoque que Hollywood ha propuesto de la discriminación en su país.

El abierto punto de partida de Buñuel ha quedado como un islote solitario, sin real continuidad, como sucede con casi todas las obras del realizador español. De enfrentarse violentamente, mortalmente, Miller y Travers pasan a una situación de coexistencia, no sólo porque así les conveniga a un nivel primario de subsistencia, sino porque comprenden que su enemigo es común, que es absurdo luchar entre sí cuando un frente válido para los dos se abre ante ellos. Por supuesto que hay más cosas: entre todas, una esencial, Ewie, cuya relación erótica con Miller va a determinar en gran parte su giro con respecto a Travers. Si éste —casi por su simple condición de hombre de color— es acusado injustamente de una violación, el primero va viendo condenado un amor que todos calificarían de «escandaloso». La solidaridad entre ambos (tema querido para Buñuel y que llegaba a su apogeo en «La mort en ce jardin») nace, pues, de una evolución. Evolución que no es mostrada —afortunadamente— según los cauces habituales (estudio psicológico de los personajes y toma de conciencia) sino que se produce en el marco de un conjunto de relaciones y tensiones, y dentro de una estructura cerrada, tanto a nivel narrativo (cinco personajes) como físico (una isla desierta frente a las costas del Sur de los Estados Unidos), que Buñuel sabe aprovechar aun partiendo de las limitaciones del equipo que trabaja con él (me parece revelador a este respecto el análisis de la fotografía de Figueroa y la interpretación de Zachary Scott).

«Todos los personajes cambian, sufren una evolución en el curso del rodaje...; como se veía, los blancos no son siempre tan malos como se imaginan». Estas palabras de Luis Buñuel vienen a confirmar lo que antecede, tanto en lo referente a ausencia de esquematismo como el nacimiento de una solidaridad que no es traducible sólo a conveniencia. Dos puntos que me parece necesario resaltar.

Notable también la influencia de «La joven» sobre «Antonio das Mortes» —con una secuencia casi idéntica en cuanto a planificación: la búsqueda final de Travers por Jackson— y sobre «La caza» —mucho más allá de la muerte del consejo—, de Saura, de quien se anuncia, por fin, en el mismo cine Pompeya «El jardín de las delicias». ■ FERNANDO LARA.

# ¡AUN QUEDAN UNOS SEGUNDOS DE TIEMPO EN EL RELOJ DE DIOS!

Omar Bradley,  
famoso general  
y estratega,  
ha confesado:  
*"Si hemos  
de salvarnos  
de los  
instrumentos  
de nuestro propio  
intelecto,  
será mejor que  
nos dominemos  
pronto".*

... Contrariamente a lo que muchos creen, puede que éste sea el momento de la Historia en que el hombre gime más. Nunca el ser corona de la Creación se ha dado mayor cuenta de la grave y delicada situación en que se encuentra, y ¡clama!, ¡grita! El hombre que hasta apenas un momento se ha adorado a sí mismo, tomando el lugar de Dios, creyéndose infalible, empieza ahora a dudar pensando si no habrá ido demasiado lejos. Omar Bradley, famoso general y estratega americano, ha confesado: "Si hemos de salvarnos de los instrumentos de nuestro propio intelecto, será mejor que nos dominemos pronto".

Si, el hombre ¡ha empezado a llorar! Y puede que ésta sea la señal de esperanza. Lloro a causa de su frustración, porque se da perfecta cuenta de que no encuentra solución a sus graves temores y preocupaciones. El sabe bien que cuantos métodos ha ensayado para salvarse y, por extensión, salvar a la Humanidad, han fracasado. En el almacén de sus viejos "objetos usados" tiene lo habido y por haber, pero ninguno le ha servido demasiado. Ya lo ha ensayado todo para "crear" un nuevo paraíso, pero no puede decirse que deba estar orgulloso de su obra. En ese viejo almacén hay credos políticos de todos los colores: manuales de moralidad de todas las épocas, tan conspicuos como inservibles. El número de sus "credos" religiosos raya en lo imaginable. Ha buscado la solución al problema del mal en los confortables despatches de la Filosofía y Psicología, pero las ayudas han sido más bien escasas. No, el hombre no sabe resolver su partida y gime. Sólo le queda un camino por probar, y algunos ya lo han usado: auto-destruirse, deshacerse, pero él sabe que esto no le libra de enfrentarse con Dios, y tal solución —que desgraciadamente tantos han tomado— sólo prolongaría su eterna agonía en el mismo infierno.

Quizá sea el momento más propio para que miren hacia arriba. No hacia los minúsculos satélites que él mismo ha creado. Tampoco hacia las estrellas luminosas del firmamento, pero sí hacia el Infinito, donde está el Dios y Creador de todas las cosas. Puede que sea el momento en que deba clamar con mayor fuerza, porque se está ahogando. Precisamente mientras Pedro, el apóstol, estuvo haciendo sus "pinitos" sobre las olas, Jesús permaneció mudo. Pero cuando las frías lenguas del mar de aquella noche empezaron a tragarse y éste gimió desesperado, fue cuando Dios extendió su mano salvadora y potente. Y trabándole le puso a flote. Quizá ha llegado la hora cuando los verdaderos y genuinos voceros del mensaje del Evangelio, enviado a través del «universo-visión», «vian crucis», deban darse mucha prisa y decir a los hombres que todavía Dios está en su trono y que "no quiere la muerte del que muere, sino que se arrepienta y viva". Dios, el verdadero Dios, el Santo, Justo y Bueno: Dios, ¡la única solución del hombre en este atardecer de la vida que presagia eterna tormenta!...

(Del libro  
«CON EL MUNDO A CUESTAS»,  
del profesor Antonio Martínez.)

Ofrecemos enviar un ejemplar gratuito de este libro, así como un sencillo Curso Bíblico por correspondencia, a todo el que nos lo solicite escribiendo a:

EVANGELISMO EN ACCION  
Acción Evangélica  
Apartado 5.496  
Barcelona

PUBLIDIFUSION